

III Domingo Ordinario (B) – Piedad Bernarda, Madrid 21.01.2024

Lecturas: Jonás 3,1-5.10; 1 Corintios 7,29-31; Marcos 1,14-20

No es bueno tener prisa. Nos lo decimos todo el tiempo y experimentamos en nuestra vida personal o social que lo que hacemos con prisa a menudo nos obliga a hacerlo todo de nuevo, empezando de cero. Con las prisas, estamos tan metidos en la meta que queremos alcanzar que olvidamos que para llegar a ella hace falta un camino, dar unos pasos, seguir un proceso en el que cada paso es importante y los saltos no son útiles.

Pero todas las lecturas de este domingo parecen contradecir este sentido común; parecen querer meternos prisa.

Jonás recorre la ciudad de Nínive gritando: "Dentro de cuarenta días Nínive será destruida" (Gn 3,4).

San Pablo escribe a los Corintios: "El tiempo es breve (...); la figura de este mundo pasa" (1 Co 7,29.31).

Jesús en el Evangelio también mete prisa. De hecho, desde el principio de su predicación pública anuncia que el cumplimiento es inminente: "Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios ya está cerca. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio!" (Mc 1,15).

¿Qué debemos entender? ¿Qué debemos hacer? ¿Sigue valiendo la pena ocuparse del camino de la vida, dar pacientemente los pasos cotidianos de nuestro deber, de nuestra tarea, de nuestra vocación, si el final es inminente?

En realidad, lo inminente en el anuncio de Jesús, como en el de Jonás y San Pablo, no es el fin del mundo y de la historia, sino su cumplimiento. La urgencia no es cronológica: es relativa al misterio que se nos anuncia. Porque el Reino de Dios está cerca, es más, ya está presente, en la persona de Jesucristo. La urgencia cristiana no procede de la inminencia del fin del mundo, sino de la presencia aquí y ahora del cumplimiento del mundo, Cristo Jesús. El Señor que vendrá al final de los tiempos viene ahora, está aquí con nosotros, está cerca en cada momento, en cada acción, en cada pensamiento, en cada palabra, en cada encuentro que teje nuestra vida. No se trata, pues, de tener prisa pensando en el futuro, sino de sentir la urgencia en cada momento de la vida porque en él Jesús nos llama hacia Sí y nos pide que le sigamos.

Los primeros discípulos lo percibieron enseguida, en su primer encuentro con Jesús. Estaban allí haciendo sus cosas, su trabajo cotidiano. Pedro y Andrés estaban concentrados en echar las redes. Santiago y Juan se ocupaban de reparar las redes. Mateo, más tarde, fue llamado mientras contaba el dinero de los impuestos. Pablo, mientras perseguía con odio a los cristianos. No importa lo que uno esté haciendo, porque Cristo se une a nosotros donde estamos, en lo que hacemos. No es lo que somos o lo que hacemos lo que atrae al Señor: Cristo viene a buscarnos porque nos ama y quiere salvarnos.

Pero quien se encuentra así con Jesús y percibe por gracia quién es ese hombre que pasa, te mira y te llama, comprende con el corazón que en Cristo "se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios ya está cerca ", y que, por tanto, entre nosotros y la plenitud de la vida "el tiempo es breve", es decir, ya no hay separación entre nosotros y la plenitud de nuestra vida.

Por eso, tanto Pedro y Andrés como Santiago y Juan, cuando Jesús les llama, le siguen inmediatamente: "Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron" (Mc 1,18). Ahora depende de nosotros si hay distancia entre nosotros y la plenitud de la vida y del mundo. Quien no sigue inmediatamente a Jesús, en cualquier forma de vocación y estado de vida, está como impidiendo que la plenitud de los tiempos sea inminente, que se realice ahora, no como fin de todo, sino como sentido y finalidad de todo.

Es en este sentido que San Pablo nos llama a vivir con desapego de todo: "Por tanto, conviene que los casados vivan como si no lo estuvieran; los que sufren, como si no sufrieran; los que están alegres, como si no se alegraran; los que compran, como si no compraran; los que disfrutan del mundo, como si no disfrutaran de él" (1Cor 7,29-31).

¿Pide que no se ame a la propia esposa, que se la descuide, o que se descuide el trabajo y las diversas actividades humanas? Ciertamente que no. Lo que san Pablo pide no es desprenderse de la vida, sino unirse a Cristo en todos los aspectos de la vida. Quien está unido al Señor y, para permanecer unido a Él, le sigue en cada paso que da, se da cuenta de que todo lo que constituye su vida se convierte en relación con su plenitud, con la plenitud de todo el universo que es Cristo resucitado. Es decir, se nos da el don de vivir todo lo que vivimos como los demás, pero viviendo en toda la plenitud que Cristo es para todo. Uno ya no está sólo ligado a su mujer o a su marido: uno está ligado a ellos con Cristo que da plenitud a esta relación. Uno ya no se ocupa sólo de su trabajo: está unido a Cristo que realiza su obra a través de la nuestra. Todo se exalta, como cuando sale el sol, manifestando en todas las cosas su color y su belleza. Jesús, de hecho, es la luz que revela la belleza completa de cada momento y circunstancia de nuestra vida.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist